

Entre Weber y Marx

Capitalismo, Estado y poder social

Adrián Acosta Silva

Una de las contribuciones más importantes de la sociología histórica británica al pensamiento científico-social contemporáneo en América Latina quizá sea la realizada por el sociólogo e historiador Michael Mann. Conocido desde los años 70 por sus artículos y ensayos en revistas especializadas, Mann se embarcó desde los primeros años 80 en la elaboración de una monumental obra en tres volúmenes sobre el desarrollo histórico de las relaciones entre el capitalismo, el poder social y el Estado en Occidente, con el propósito más general de constituir «una historia y una teoría de las relaciones de poder en las sociedades humanas». El primero de esos tres volúmenes (publicado en inglés en 1986, y traducido al español en 1991), corresponde al periodo del neolítico hasta la Ilustración. El segundo, que aquí comentamos, cubre el «prolongado» siglo XIX (1760-1914) y fue publicado en 1993 (traducido al español en 1997). El tercero, aún sin publicar, tratará del periodo que arranca después de la Primera Guerra Mundial hasta finales del siglo XX.

Michael Mann: *The Sources of Social Power. The Rise of Classes and Nation-States, 1760-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, 826 páginas.

El trabajo de Mann debe situarse en el renovado interés por la génesis del Estado-nación que se constituyó en las últimas dos décadas como una de las preocupaciones centrales de la política comparada y de la sociología histórica anglosajona. Desde diversas perspectivas y enfoques, Marx y Weber fueron reinterpretados

y sus tradiciones teórico-metodológicas cuestionadas con el objeto de re-pensar las relaciones entre Estado y sociedad civil, entre capitalismo y democracia, entre el poder y las clases sociales, o entre la autonomía estatal y la capacidad de dominación político-territorial. Así, en los años 80, autores como Giddens; Evans/Rueschemeyer/Skolocpol; el propio Mann; o Migdal, entre otros, ofrecieron espléndidos trabajos referidos a esas cuestiones en los cuales sugirieron numerosas claves teóricas y empíricas para discutir desde las tradiciones marxista y weberiana las transformaciones del Estado y de la sociedad en el capitalismo.

En este marco resulta pertinente la lectura de este segundo volumen de esta obra de Mann, un extenso y ambicioso estudio sobre las fuentes del poder social a través del ascenso de las clases y los Estados-nación durante más de 150 años de historia europea. Para emplear una frase de Perry Anderson, el «magallánico» viaje emprendido por Mann a través de la historia del poder en el mundo desde la publicación del primer volumen de *The Sources of Social Power*, continúa en este segundo volumen.

Al igual que en el primer volumen, se parte de definir sintéticamente las sociedades como «redes organizadas de poder». Esta definición implica dos afirmaciones básicas. Una, que aquellas están constituidas por «múltiples redes socioespaciales de poder que se superponen y se intersectan». Dos, que la mejor forma de hacer un estudio general de las sociedades, su estructura y su historia es en términos de las interrelaciones de lo que Mann denomina las cuatro «fuentes de poder social»: las relaciones ideológicas, económicas, militares y políticas (modelo IEMP). Estas fuentes son «redes superpuestas de interacción social, no dimensiones, niveles ni factores de una sola totalidad social». Pero son también organizaciones, «medios institucionales de alcanzar objetivos humanos» (Mann, pp. 14-15).

El modelo IEMP de organización del poder social constituye el «núcleo duro» de la armazón teórica de Mann. Para él, es posible identificar tres características de forma y cuatro sustantivas que determinan la estructura global de las sociedades. Las de forma son: 1) las organizaciones implican dos tipos de poder: el colectivo y el distributivo; 2) el poder puede ser extensivo o intensivo; y 3) el poder puede ser autoritativo o difuso. Estas características dicotómicas pueden, sin embargo, combinarse de múltiples maneras, y los más «efectivos ejercicios de poder» son aquellos que combinan en diversos grados esas características. Estas dicotomías están influidas poderosamente por Weber y Parsons. Del primero, Mann toma su noción general del poder como la capacidad para

perseguir y alcanzar objetivos mediante el dominio del medio. Del segundo toma la división entre poder colectivo y distributivo, es decir, entre el juego de suma cero al que tiende la distribución del poder en la sociedad, y el aspecto colectivo del poder mediante el cual varias personas en cooperación pueden aumentar su poder conjunto sobre terceros o sobre la naturaleza.

El poder extensivo significa la capacidad para organizar a grandes cantidades de personas en territorios muy distantes a fin de actuar en cooperación con un mínimo de estabilidad. El poder intensivo significa la capacidad para organizar bien y obtener un alto grado de cooperación o de compromiso de los participantes, tanto si la superficie o la cantidad de personas son grandes como si son pequeñas.

El poder autoritativo es al que aspiran efectivamente grupos e instituciones. Comprende unas órdenes definidas y una obediencia conciente. El poder difuso se extiende de forma más espontánea, inconciente, descentralizada, por toda una población, lo cual tiene como resultado unas prácticas similares que incorporan relaciones de poder, pero no órdenes explícitas.

Las características sustantivas a las que se refiere Mann son el poder ideológico, el económico, el militar y el político, es decir, las cuatro fuentes del poder social. Ellos son, ante todo, «tipos ideales» que permiten ordenar el análisis de los hechos históricos y los datos que el autor selecciona para desarrollar su estudio.

El empleo de estos dos grupos de categorías de análisis sirve a Mann para describir y relacionar dos esferas de actividad social que durante la segunda mitad del siglo XVIII sufrieron cambios dramáticos: la esfera del Estado y la esfera de la sociedad civil (cap. 2). La idea central que explora Mann es la de que entre ambas esferas ocurren «entrelazamientos» múltiples, producidos por influjo de las interacciones entre actores como la Iglesia, las elites militares, las clases dominantes y las burocracias estatales en el transcurso del desarrollo del capitalismo. Esos actores se constituyeron como organizaciones de poder que en diversos niveles (transnacional y nacional) se desplegaron para construir el perfil del Estado y de la sociedad.

Pero es en su teoría sobre el Estado moderno donde se encuentran definidos con mayor precisión los «aterrizajes» del modelo propuesto por Mann. El Estado es una «cristalización» del poder colectivo, un poder estructurado y ejercido en dos dimensiones: *despótico* e *infraestructural*. El poder despótico «refiere al poder distributivo de elites estatales sobre

la sociedad civil». Ello deriva del «rango de acciones que las elites estatales pueden emprender sin negociaciones rutinarias con grupos de la sociedad civil» (p. 59). La principal función del poder despótico es garantizar la autonomía estatal reforzando la homogeneidad interna de las elites estatales.

El poder infraestructural es «la capacidad institucional de un Estado central, despótico o no, para penetrar su territorio e implementar lógicamente decisiones». Este es poder colectivo, «poder filtrado» (*power through*) en la sociedad, coordinando la vida social a través de la infraestructura estatal. Ello identifica al Estado como «un arreglo de instituciones centrales y periféricas penetrando su territorio». El incremento del poder infraestructural no necesariamente aumenta o reduce el poder distributivo, despótico, pero sí incrementa el poder colectivo del Estado.

El de Mann resulta, ante todo, un texto provocador, sugerente, rico en claves de interpretación teórica y de conducción reflexiva en términos metodológicos. Es un esfuerzo encaminado explícitamente a combatir los reduccionismos que otras corrientes de pensamiento –principalmente la marxista, pero también la weberiana– han hecho de la historia del «largo siglo XIX» en términos del desarrollo del capitalismo, el Estado, las clases, o el poder. Sin embargo, no es un libro «eclectico», ni teórica ni metodológicamente. Aunque Mann afirma explícitamente que su propósito es «refutar a Marx y reorganizar a Weber», *The Sources of Social Power* es una obra metodológicamente posweberiana (las fuentes del poder social concebidas como «tipos ideales», y reformulando conceptos como el del poder estatal), pero teóricamente muy cercana al marxismo (el reconocimiento explícito de la importancia de la producción de las condiciones materiales de existencia en la construcción del Estado y de la sociedad). La impresión final es de que la posición teórica del autor recoge pragmáticamente y en positivo muchas de las pautas y elementos de las corrientes de pensamiento derivadas de Marx y Weber, pero reformula esas concepciones a la luz de un extenso material empírico y de las transformaciones que desde la perspectiva del siglo XX es posible advertir en las relaciones entre el capitalismo, el Estado y la sociedad occidental contemporáneas.

Por ello, tesis como la de que los Estados-nación pueden ser entendidos como producto de cristalizaciones del poder colectivo, resulta una afortunada formulación frente a las viejas y nuevas ortodoxias que miran al Estado *sólo* (o principalmente) como un instrumento de dominación, como un aparato burocrático incrustado en la sociedad, o como un espacio dúctil o «bola de billar» sujeto a la negociación entre diversos gru-

pos, elites y clases sociales. La noción de cristalizaciones múltiples que alude a Estados nacionales de perfiles polimorfos, heterogéneos y cambiantes, que combinan poderes centralizadores (despóticos) y territoriales (infraestructurales), y que responden a determinadas combinaciones específicas de las variadas fuentes del poder social, previenen y argumentan sólidamente no solo frente a cualquier intento de simplificación explicativa, sino que también permiten acotar el significado de la «primacía última» que pueden jugar uno o varios de esos factores en periodos específicos de la historia, con el objeto de ofrecer una visión comprehensiva de los complejos procesos de estructuración estatal y social.

Desde una perspectiva como la construida por Mann (y al igual que autores como Giddens en *The Constitution of Society*), la sociedad no «existe», no es un objeto o una formación dada y estática, sino que lo que realmente existe son «redes de poder» articuladas dentro y en los alrededores del Estado, y de las cuales se desprende en diferentes momentos históricos y bajo diversas formas políticas la autonomía estatal¹. A lo largo de su texto, Mann demuestra una y otra vez cómo esas cristalizaciones no son únicas e inmutables, sino que, por el contrario, se vuelven cada vez más dinámicas y cambiantes en el transcurso del periodo estudiado. Así, en momentos determinados, una de las fuentes puede cristalizar a las otras, como es el caso, por ejemplo, del poder ideológico-moral que cristalizó, subordinando y fortaleciendo, durante un periodo específico —el último tercio del siglo XIX— a los poderes militar, económico y político, y que permitió el ascenso de Gran Bretaña como una potencia ejerciendo una «hegemonía especializada» basada en la fuerza naval y en el liderazgo diplomático en el mundo occidental (pp. 264-270).

El modelo diseñado por Mann para el estudio del ascenso de las clases y los Estados nacionales en cinco casos occidentales, el IEMP, ¿puede ser útil para abordar el caso de los Estados latinoamericanos? Pareciera que no totalmente. En principio, porque el estudio se circunscribe a casos de países industrializados, potencias imperiales y militares de los siglos XVIII y XIX, que, como demuestra Mann, construyen Estados-nación respondiendo a la variada constelación de una suerte de cristalizaciones «duras» y «suaves» (compuestas por guerras internas y externas por colonias y territorios, negociaciones institucionalizadas de conflictos, patrones de obediencia conciente y consensos legitimadores, moralidades inclusivas y «clivajes» excluyentes), que terminaron por imprimir un perfil único al ordenamiento de las relaciones entre el Estado y la sociedad, y entre los Estados nacionales y las clases, en un periodo histórico, que es, como todos, único e irrepetible.

Pero, de otro lado, es posible que el esquema teórico general sobre el que se basa el IEMP, y en especial, algunos de los elementos contenidos en el mismo, puedan estimular la reflexión en torno de los casos latinoamericanos. Así, por ejemplo, el mencionado concepto de «cristalizaciones», o el del poder colectivo del Estado, o el de los diversos campos en que se construyen y operan las organizaciones de las clases sociales y las elites políticas, pueden ser categorías útiles para emprender un esfuerzo investigativo sumamente productivo –en términos tanto de política comparada como de sociología histórica– en torno del estudio de los procesos poscoloniales de construcción del Estado en América Latina, que implicaría el análisis tanto de los diversos poderes sociales, el surgimiento de la figura de «ciudadanía» y los partidos políticos en nuestro medio, o la estructuración de los diversos regímenes políticos y sus actores, sus ideologías y sus «entrelazamientos» con otras fuentes del poder social.

Nota

1. Esta concepción de Mann es sugerida por la lectura de su artículo «El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados» en *Zona Abierta* N° 57/58, 1991, pp. 15-50.

Referencias

- Anderson, Perry: «Una cultura a contracorriente» en *Zona Abierta* N° 57/58, Madrid, 1991.
- Giddens, Anthony: *The Nation-State and Violence*, Polity Press, Cambridge, 1985.
- Evans, Peter, D. Rueschemeyer y T. Skocpol: *Bringing the State Back In*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.
- Mann, Michael: *Las fuentes del poder social, I*, Alianza, Madrid, 1991.
- Migdal, Joel S.: *Strong Societies and Weak States. State-Society Relations and States Capabilities in the Third World*, Princeton University Press, Princeton, 1988.